

•••

Agustín Danys (ed.), *Veracruz, fiesta viva*, Xalapa, Gobierno del Estado de Veracruz, 2010

Álvaro Alcántara López

Como si se tratara de una instantánea donde lo fugaz y lo perenne coexisten simultáneamente, las fiestas de carnaval que se celebran a lo largo y ancho del territorio veracruzano pueden ser vistas como *ventanas a tiempos que no se han ido*. Y esto ocurre porque, en los días que anteceden al inicio de la Cuaresma cristiana, la vida social de algunos pueblos y comunidades se vuelve vacilada, *run run*, chacoteo y mofa de sí misma, en una escena festiva-religiosa dispuesta una y otra vez quién sabe desde cuándo, en la que el bufón medieval, las máscaras de luchadores y políticos inenominables, los conjuros heredados por los sabios de Oriente medio, las distintas representaciones del dios del maíz o los corridos y cumbias de moda encuentran cabida.

En estos días de “fiesta de la carne” o “carnestolendas” que preceden al Miércoles de Ceniza –día de ayuno y abstinencia para los católicos que marca el inicio de la Cuaresma, que concluye con la “resurrección” de Jesucristo–, el orden de los días que se repiten cede su paso a un caos ritual, a un mundo “al revés”, necesario hoy más que nunca para soportar los rigores de la vida. Es entonces cuando seres maravillosos y fantásticos de distintas épocas y latitudes que habitan en el imaginario y la creencia popular irrumpen, casi sin control, en la escena humana. Por calles, barrios, plazas, atrios, casas y pueblos enteros se ven desfilar pequeños ejércitos compuestos por bestias, pilatos, chanecos, negros, mecos, monstruos, diablos, comanches o animales parlantes que, sumergidos en el trance de la música e invocaciones arcanas, son los encargados de lograr la inversión simbólica del mundo.

Son estas fiestas –al igual que todo el conjunto de celebraciones que en este li-

bro se relatan– una inmejorable oportunidad para vivenciar la profunda historia de los veracruzanos. Entendida ésta como la reactualización permanente de una cultura étnicamente diversa, construida sobre los pilares ancestrales de los pueblos originarios de la Mesoamérica de hoy. Aunque, habría que reconocer, alimentada también con la impronta de las culturas mediterráneas y africanas de la época colonial, y las modas y mitos del mundo globalizado de las últimas décadas.

Pero si hemos de convenir en que las tra-



diciones no descansan en el aire, sino en las personas de carne y hueso que las recrean y dan vida, estas festividades son una hermosa oportunidad para conocer el rostro, corazón y pensamiento de incontables personajes anónimos que durante siglos han preservado, fortalecido y garantizado la continuidad de un patrimonio cultural que siempre, y en cualquiera que sea el caso, le pertenece a los pueblos.

Con una actitud siempre amigable, generosa, pero también exigente del cumplimiento de sus códigos de buen comportamiento, los veracruzanos abren sus casas, pueblos y comunidades para compartir un patrimonio que, si bien saben que les pertenece, lo procuran como un *don* de

la vida, que sólo al ser compartido adquiere su completo significado. Por ello los relatos e imágenes que componen este libro son un pre-texto, una provocación para los veracruzanos y todos los mexicanos para conocer una historia que se halla viva en cada una de las fiestas tradicionales del sur, centro y norte del estado.

II

La ruta festiva que dibuja este libro plantea una geografía, digamos, un tanto innovadora y poco usual. Si bien se hallan presentes los relatos de localidades bien conocidas por todos, como Tlacotalpan o Chicontepec, el libro tiene el gran mérito de mostrarnos festividades más íntimas, como Tlachichilco –en el norte–, Providencia –en el centro– o Coacotla –en el sur–, ausentes de las rutas turísticas convencionales pero no por ello menos importantes. Se trata de fiestas de carácter más comunitario –fervoroso, se podría agregar–, que revelan un rostro distinto y poco conocido de Veracruz, cuyas imágenes, cuando de carnaval se trata, remiten casi inevitablemente a la espectacularidad y exuberancia del carnaval porteño.

Por ello, la fuerza de esta obra colectiva es narrar y problematizar distintas formas de ser veracruzano y distintas maneras de vivir la fiesta, en especial la carnavalera. Lo aquí mostrado supera por mucho los estereotipos de jarochos que sólo son “trovadores” y “rumberos”, quedando de manifiesto estos otros “*veracruces* festivos” que se resisten a desaparecer, pues no obstante su relativa “invisibilidad” turística no están exentos de enfrentar algunos de los peligros que son ya moneda corriente en fiestas de mayor presupuesto y envergadura, tales como la reducción de los espacios festivos, el desplazamiento de los músicos tradicionales ante el avasallamiento de las industrias musicales del espectáculo, la falta de apoyo por parte de autoridades municipales, excesiva oferta de bebidas embriagantes, emigración forzosa que dificulta el relevo generacional, entre otros.

Desde otra perspectiva, la ruta fiestera aquí propuesta plantea casi de inmediato la necesidad de valorar –desde criterios que no sólo apelen al beneficio económico o político– la importancia de las tradiciones en la vida de pueblos y personas. En los relatos subyace la necesidad de entender el fervor popular, tanto como la lógica de la risa, la mofa o el humor, pero también dar cuenta de la inexplicable “necedad” de la gente para invertir tiempo, dinero y esfuerzo para asegurarse, año tras año, otro carnaval, otra mayordomía. La mirada microscópica e intimista que tienen estas crónicas hace posible conocer una constelación de personajes populares que, independientemente de los oficios con que se procuran el sustento diario, son al mismo tiempo creadoras y creadores artísticos de talento inigualable que han asumido el compromiso de continuar con sus tradiciones y que aparecen en calidad de mayordomos, capitanes o jefes de cuadrilla con la responsabilidad de organizar a la gente, realizar las colectas, convocar a los músicos y danzantes, ofrecer la comida, involucrar a las autoridades, animar la celebración y hacer cumplir los distintos momentos de la fiesta. Son ellos los protagonistas de las historias que aquí se cuentan y, para nuestra fortuna, en muchos casos aparecen mencionados con nombre y apellido, como una forma de honrar a los legítimos portadores de la tradición y sabiduría popular.

III

El ciclo de fiestas de la zona circundante a la región de Actopan-Alto Lucero, en el centro del estado, muestra, en los textos de Lorena Acosta, la dimensión lúdica de una zona demasiado olvidada cuando se habla de las expresiones culturales de Veracruz. Aquí la presencia de la población esclava africana que llegó a trabajar a los trapiches y haciendas azucareras de la región desde el siglo XVI dio un sello particular a algunos de estos carnavales. Todavía hoy, en lugares como Cerrillo de Díaz o Alto Tío Diego,

términos como “negros” o “tiznados” son de uso común para designar a los disfrazados que deambulan por las calles en esos días. Las máscaras de animales, el paseo de las madamas, que se burlan con sus galanteos de las solemnidades de la moral y las “buenas costumbres”, o la intensa presencia del son jarocho –como música que acompaña a las danzas– son un excelente pretexto para recorrer la región. Un caso especial es el carnaval de Coyolillo, donde el impacto de los trabajos académicos en torno a la llamada “tercera raíz africana” ha provocado en investigadores, creadores artísticos, asociaciones civiles o programas gubernamentales el intento de recuperar “lo negro” veracruzano. En este escenario es donde el carnaval de los coyoleños ha vivido un nuevo auge, en algunos casos reactuali-



zando elementos de la fiesta a partir de los testimonios orales de viejos músicos y danzantes, en otros más introduciendo a la vida festiva del pueblo elementos que algunos piensan que “debieron de haber existido” al tratarse de un histórico enclave de negros cimarrones.

En el caso de las festividades del norte del estado –la región más representada en el libro–, los carnavales indígenas de nahuas, teenek, mestizos y totonacos son una buena muestra del pluralismo cultural existente en nuestro estado, pero sobre todo de la vitalidad de las culturas indígenas. Los relatos de Román Güemes y Rubén Croda así lo muestran y permiten observar las particularidades carnavaleras de los distintos pueblos de aquella región.

En cada fiesta se observa el entramado comunitario que sostiene a cada carnaval y el papel relevante que aún juegan en él los barrios. La cultura indígena se halla omnipresente no sólo en las lenguas indígenas

que describen los momentos festivos o en las diversas danzas que reactualizan los mitos mesoamericanos en sus versiones cristianas, sino también en la simbología de los espacios rituales, en la gastronomía y en la relación que guardan los animales representados con los mitos de origen de los pueblos indios. La presencia de los músicos del carnaval, con violines, quintas o jaranas –también empleadas en el son huasteco–, forman parte protagónica de estos días de celebración, reafirmando la estrecha relación que guardan músicos y danzantes. De hecho, la peculiaridad de las piezas que se tocan en carnavales como el de Zontecomatlán hace de este repertorio un patrimonio musical de inigualable valor al que las instituciones y la sociedad bien podrían instrumentar acciones para garantizar su salvaguarda.

Para el sur de Veracruz, las fiestas de La Candelaria de Tlacotalpan, las de la Semana Santa de Coacotla y el carnaval de Coatzacoalcos muestran en las crónicas de Alfredo Delgado un panorama diferenciado de la creencia popular en contextos cambiantes. Las fiestas de La Candelaria tlacotalpeña, si bien importantes a nivel regional desde tiempos coloniales, con el nombramiento de Patrimonio de la Humanidad otorgado por la UNESCO a fines del siglo pasado han visto incrementado, casi sin control, el número de visitantes, para dar paso a la coexistencia de al menos tres fiestas entre la última semana de enero y la primera de febrero. La primera de ellas, de expresión netamente religiosa, reunió en la figura de la Virgen de la Candelaria un antiguo rito prehispánico de adoración a una deidad acuática en el río Papaloapan y, muy probablemente, bajo esta imagen también se sincretizó la creencia de la población de origen africano en una diosa de las aguas, *Iemanjá*, que en otros países americanos se celebra precisamente el 2 de febrero. Esta liturgia es organizada y vivida cada año con gran devoción, y en ésta queda patente la fuerza de la comunidad católica que, reunida en cofradías, prepara cada

uno de los rituales cristianos que se inician días antes del 2 de febrero y concluyen con la “octava” de la Virgen. El momento cumbre de la fiesta es el paseo de la Virgen de la Candelaria por el río Papaloapan, acto en el que participan los habitantes de Tlacotalpan y el resto de los visitantes. Otros momentos importantes son la vistosa cabalgata que se realiza por las calles tlacotalpeñas en la tarde del 31 de enero, así como la tradicional mojiganga que recorre el pueblo la noche del siguiente día. Una segunda celebración es la que se da en torno al Encuentro de Jaraneiros y Decimistas que año tras año se realiza en la plaza Doña Martha y que convoca, del 31 de enero al 2 de febrero, a centenares de jaraneiros provenientes de diversos lugares del estado, del país y del mundo, con más de cien grupos sonando a distintas horas del día en los espacios destinados para este propósito. Así, una parte de Tlacotalpan se convierte en un territorio sonero donde los ininterrumpidos fandangos, que se inician con la noche y concluyen ya bien entrado el día, convierten en experiencia extática el zapateo en la tarima. Un momento cumbre de estos jaraneiros es cuando cantan *Las mañanitas* a la Virgen en las primeras horas del 2 de febrero. La tercera celebración es animada por la presencia de los turistas que llegan a la también llamada *Perla del Papaloapan*. De ambiente carnavalesco, locales y fuereños se entregan con rapidez a los excesos que provocan la músicas de moda y las bebidas espirituosas, cuyo momento estelar es el recorrido de toros cebúes por las calles del pueblo, que al no embestir se convierten en la diversión favorita de propios y extraños. El espacio central de esta manifestación es el centro de la ciudad y la orilla del río.

La celebración de la Semana Santa de Coacotla, pueblo indígena de origen nahua, es una muestra de la apropiación del mundo indígena de los carnavales católicos. Durante la semana mayor, las calles son pobladas por judíos, arrieros, venados y demás animales, que junto con la comunidad católica son los encargados de representar “a su

manera” la muerte y resurrección de Cristo. Tal como lo muestra el texto, a pesar de la significativa migración al norte del país que se vive en esta zona, los jóvenes regresan para el carnaval y juegan un papel central en la renovación de los vínculos comunitarios. Esta celebración contrasta con el carnaval de Coatzacoalcos, que en los últimos años ha cobrado nuevo impulso al amparo del entusiasmo y beneficios generados por el carnaval de Veracruz. Las fechas para el festejo se acomodan no tanto a la ortodoxia de la liturgia cristiana, sino a los tiempos, que hacen viable disfrutar de algunos de los espectáculos presentados en el puerto jarocho. Lo interesante de este carnaval es la incorporación paulatina de expresiones culturales propias de los distintos grupos humanos asentados en ese puerto. En cualquier caso,



los desfiles de carnaval –también conocidos como “papaquis”–, los bailes populares donde se elige a la reina y al rey feo del carnaval, el ambientazo que se arma en el “malecas” o el entierro de “Juan Carnaval” son parte de lo que podemos disfrutar.

IV

En cada una de las fiestas descritas el sincretismo cultural es evidente, aunque es justo decir que en varias regiones del estado lo indígena y la apropiación indígena de lo católico se encuentran en el centro de la celebración. Allí donde las descripciones parecen mostrar elementos religiosos de la ortodoxia cristiana, los autores tienen el gesto de advertir al lector la superposición, más o menos evidente, de tal o cual aspecto del mundo indígena. La aparición de prácticas culturales surgidas del choque civilizatorio posterior a la colonización europea vuelve harto complicado atribuirles un solo

origen cultural. Sin embargo, es importante señalar que la apropiación que los pueblos indígenas han hecho de la religión cristiana dista mucho de lo que con el correr de los siglos ha deseado la jerarquía católica. Un ejemplo de ello es la presencia recurrente, en los carnavales huastecos y totonacos, de diablos representados en distintos colores y desempeñando distintas funciones, que una vez entendidos en el contexto de la cultura indígena poco tienen que ver con la personificación del mal alimentada por la religión católica. Y otro tanto podría decirse de las manifestaciones culturales de los afrodescendientes, que con el paso del tiempo, y producto del mestizaje, se fueron diluyendo. Distinta situación es la que presentan carnavales surgidos a principios del siglo xx, como el de Coatzacoalcos o el del propio puerto de Veracruz, que en su condición de polos de desarrollo económico expresan una mayor absorción de las modas recientes y mostrando, sobre todo en el caso del segundo, su histórico vínculo con la cultura caribeña de la que forma parte.

La realización variable de los carnavales, que de manera ideal debería hacerse en los días anteriores al Miércoles de Ceniza –que cada año se fija al contar los 40 días anteriores a la tercera luna que sigue a la Navidad–, y las diversas connotaciones que asumen los carnavales en cada localidad, es prueba de esta apropiación diferenciada. Si bien es importante señalar al lector que la celebración de las carnestolendas o carnavales proviene de la Europa católica medieval –como una forma de dar rienda suelta al cuerpo, previo a los días de ayuno y recogimiento de la Cuaresma, que concluyen con la celebración de la Pasión de Cristo–, en Veracruz su realización puede variar entre los meses de febrero, marzo y abril. Y dicha modificación puede deberse a criterios de tipo político, económico-comercial, a los ciclos de la siembra y la cosecha o la celebración de aquellas otras deidades que protegen al pueblo o comunidad. Independientemente de la fecha de realización,

estos carnavales evocan la impronta feudal del mundo al revés, de las parodias, inversiones, degradaciones o coronamientos de corte bufonesco.

Por ello, además de la simbología de los 40 días, de los calendarios lunares, de las cruces milagrosas o las reminiscencias de batallas hoy rituales en forma de danza, encontramos en estas fiestas a cuadrillas de osos, coyotes, venados, huehues, comanches o mecós que renuevan, en los días de carnestolendas, los mitos de origen mesoamericano, íntimamente ligados con los ciclos agrícolas del equinoccio de primavera. Y esto sin dejar de resaltar la extraordinaria variedad de alimentos y bebidas que son preparadas con maíz, alimento sagrado que los dioses entregaron a los hombres, resaltando de esta riqueza gastronómica la inmensa gama de tamales y el succulento zacahuil.

Los autores de este libro –Alfredo Delgado, Alfredo Martínez, Román Güemes, Lorena Acosta, Rubén Croda y Eduardo Méndez–, conjuntamente con Agustín Danys –el editor–, han sabido recrear en sus relatos el pluralismo cultural del que se ha venido hablando, al tiempo que las excelentes imágenes que se nos muestran captan los “instantes” en que el ayer y el ahora se funden, pluralismo cultural y simultaneidad temporal que nos llevan a imaginar que los carnavales veracruzanos son “ventanas a tiempos que no se han ido”, fiestas que nos permiten comprender adónde queremos ir sin renunciar a lo que hemos sido.

•••

Jessica Gottfried y Ricardo Téllez Girón,
Tras los pasos de Roberto Téllez Girón Olace,
Puebla, Secretaría de Cultura-Gobierno
del Estado de Puebla/Fondo Nacional
para la Cultura y las Artes, 2010

Juan José Atilano Flores

Cuando se inicia una investigación relacionada con la cultura, entendida ésta como

un contexto de sentidos y significados, se establece como premisa su dimensión dinámica. A riesgo de extinguirse, ninguna manifestación cultural, como la música, la poesía popular y la danza, permanece estática en el tiempo; el cambio, comprendido como el proceso de transformaciones de un hecho cultural, es por lo tanto una condición de su existencia y vitalidad. Pero ¿cómo aproximarnos al estudio de dichas transformaciones?, ¿cuáles son los referentes del pasado que, bajo una mirada sincrónica hacia el presente, dan cuenta del cambio cultural? Las respuestas a



estas preguntas dependen en buena medida de dos variables: una es el enfoque teórico y metodológico que se elija para estudiar el cambio y la segunda es la disposición de materiales e información que preceden nuestra propia investigación y que permiten realizar una relectura a la luz de la situación contemporánea.

Tras los pasos de Roberto Téllez Girón Olace es una obra que no sólo propone seguir el camino andado hace 72 años por el músico e investigador: es también una relectura de sus datos etnográficos a partir de la situación actual, dirigida a dimensionar el cambio musical en varias comunidades de

tradicción nahua de la Sierra Norte de Puebla. Jessica Gottfried y Ricardo Téllez –su hijo– integran un libro que permite al lector adentrarse en la vida y obra del pianista Roberto Téllez: su niñez y juventud, las mismas que transcurrieron en la ciudad de México entre el trabajo para mantener a su familia y su formación como músico en el Conservatorio Nacional; su relación académica y de amistad con el músico y folclorista Jerónimo Baqueiro Foster, quien fue su profesor y a la postre lo introdujo en la recopilación de música tradicional entre los coras, nahuas y totonacos, así como la relación sentimental con sus hijos y su esposa María Teresa López, a quien conoció en Teziutlán, Puebla. Todo ello narrado de manera entrañable por su hijo en el apartado “Recuerdos de mi padre...” que introduce el libro.

Todo personaje es producto de su momento histórico. Por ello, y de manera acertada, Gottfried nos entrega el capítulo “Tras los pasos de Roberto Téllez Girón Olace”, cuyo primer apartado se destina a describir el contexto histórico e institucional que vivió el músico. El México del nacionalismo posrevolucionario, cuyo gobierno cardenista no escatimó esfuerzos ni recursos para el registro y recopilación de las manifestaciones musicales de los pueblos indígenas, materiales que nutrieron el Archivo Nacional de Música creado en 1928, dependiente del Departamento de Bellas Artes. Dice la autora: “La noción de mestizaje como la mezcla de lo mejor de dos razas, conduciría al progreso general de México. En términos de las Bellas Artes, su fusión con el folclor sería otra manifestación de ese mismo proceso”.

En este contexto, y con el respaldo del Departamento de Bellas Artes, Téllez realizó en 1938 tres viajes a la Sierra Norte de Puebla para registrar el calendario festivo y la música tradicional de los grupos hablantes de náhuatl y totonaco. El resultado de estas tres visitas, a Teziutlán, Tlatlauquitepec, Zacapoaxtla y Huitzilán, en el estado de Puebla, así como a Jalacingo, Veracruz,